

Ciudad del Vaticano, 14 de septiembre de 2020

Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz

14 de septiembre de 2020

Queridos Caballeros y Damas,

nos preparamos para celebrar y vivir la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz. Esta fiesta, que en Oriente se compara con la de Pascua, está vinculada a la consagración de las basílicas constantinianas edificadas en el Gólgota y sobre el sepulcro de Cristo y al recuerdo del descubrimiento de la Cruz de Jesús por parte de Santa Elena, madre del Emperador Constantino, que, según la tradición, tuvo lugar el 14 de septiembre de 320.

En el Evangelio de Mateo 16, 24-25, Jesús dice: "Si alguien quiere venir por mí, debe negarse a sí mismo, tomar su cruz y seguirme. El que quiera salvar su vida, la perderá, pero el que la pierda por mí, la encontrará. "Entonces, ¿de qué sirve ganar el mundo entero, si el hombre pierde la vida?"

San Pablo en Rom. 12-2 aplica todo esto y afirma: "No te amoldes a este mundo, sino déjate transformar, renovando tu forma de pensar, para que puedas discernir la voluntad de Dios, lo que es bueno, agradable y perfecto".

Cuando buscas lo mundano, las modas, te amoldas y aplanas sobre modelos de vida estériles y esclavizantes, dejando ir tu propio pensamiento, tu conciencia, los valores importantes y fundamentales de la vida como valor absoluto de la vida misma. Jesús, todavía en el Evangelio de Mateo 16,23, recuerda y reprocha a Pedro: "Tú no piensas según Dios, sino según los hombres": parece que hoy, incluso en las generaciones jóvenes, pero no solo, existe el miedo a no ser "como los demás".

En calidad de personas conscientes, cristianos, somos y deberíamos ser diferentes, nuevos, alternativos, verdaderamente profundos y genuinos, plenamente conscientes de ser únicos, insustituibles, inteligentes y libres. Ser como todos los demás, o ser como "un pensamiento relativista", es lo peor, es el presupuesto de una existencia opaca.

Jesús dijo: "Estás en el mundo, pero no eres del mundo".

En este sentido, me parece llamar a la reflexión sobre ciertos pasajes de la *Carta a Diogneto*, un documento cristiano del siglo II que encuentro sumamente relevante:

"Los cristianos no se diferencian de otros hombres en términos de territorio, manera de hablar o estilo de su vestimenta. De hecho, no viven en ciudades particulares, no usan un lenguaje extraño y no adoptan una forma de vida en particular. Luego residen en las ciudades griegas y romanas, según resulta, y siguiendo las costumbres del lugar en la forma de vestir, en la forma de comer y en el resto de la vida, ofrecen una forma de vida maravillosa y, como todos han admitido, asombrosa. Cada uno vive en su propio país, pero como si fueran extraños; respetan y cumplen todos los deberes de los ciudadanos y llevan todas las cargas como si fueran extraños; cada región extranjera es su patria, pero cada patria para ellos es una tierra extranjera. Como todos los demás hombres, se casan y tienen hijos, pero no se divorcian de sus esposas e hijos. No

viven según los deseos de la carne. Viven en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el cielo. Observan las leyes establecidas pero, con su forma de vida, están por encima de las leyes. Quieren a todos, aunque a menudo se les persiga". Hoy, también nosotros los cristianos, y más aún como Caballeros Constantinos, estamos llamados a vivir y operar en la sociedad contemporánea, a reconocer y valorar sus aspectos positivos, pero no podemos permitirnos el lujo de ser esclavizados por una cultura prepotente dominante que tiende al laicismo exasperado en nombre de un falso sentido de respeto y de un humanismo materialista y ateo.

La veneración de la Cruz es reemplazada por la idolatría de la riqueza, el placer, el poder. Y sabemos que el dinero solo debe ser un medio para una vida sobria, digna y abierta al amor. Jesús también dijo: "¿Por qué es bueno que un hombre gane el mundo entero si luego pierde su propia vida?" Los cristianos debemos responder al hedonismo salvaje como búsqueda del placer como fin en sí mismo, con el conocimiento del valor de la Cruz, es decir, el compromiso, la coherencia, el sacrificio. Y de nuevo: en la búsqueda del poder como única meta absoluta, podemos responder con la alegría del servicio, de buscar siempre el bien para no convertirnos en esclavos de la carrera y el prestigio personal, tal vez pisoteando al prójimo. Jesús dijo: "El que quiera ser el más grande, debe hacerse servidor de todos".

La vida es bella cuando se vive en la conciencia de un gran desenlace, de un destino eterno que se construye día a día con compromiso, en la responsabilidad de los propios deberes, recuperando la grandeza de saber agradecer de corazón, de saber pedir disculpas: aquí se encuentra la cruz de la que habla Jesús. La vida se realiza plenamente cuando es amar, dar, compartir, buscar el bien y no el egoísmo: es la "vida perdida" de la que habla Jesús para poder encontrarla verdadera y plenamente.

Renato Raffaele Card. Martino